

EL CREPÚSCULO EN LA ALDEA



Sí, mirad, todo callado permanece en el ambiente,
No se escucha de la azada el sonido aquel crujiente
Que rompía del terruño la corteza sin cesar;
La precoz monotonía del trabajo fuerte y duro
Ya cesó y regocijada parece la inmensa altura
Con serenas placideces sus labores coronar.

Sí, mirad, es aquella hora la más bella en todo el día,
No derrama la natura tan magnífica poesía,
El crepúsculo sublime sobre el mundo va á caer.
Y admirado, la belleza del crepúsculo de aldea
Véase, mientras el cerebro, germinando alguna idea
Se confunde en unos mares que él tan solo puede ver.

¡Oh! ved cuán tranquila tarde, cuán dulce, fresca, serena ..
Como tímida doncella recogiendo su melena
De esta parte de la tierra se prepara ya á salir.
Melancólica tristeza, nuestro ser vago palpita
Cuando en túnicas doradas hacia el mar se precipita...
Ya nos mira misteriosa, ya nos vuelve á despedir.

Mirad, mirad, ya se agitan luminosos resplandores
Dibujando confundidos los magníficos colores
Que tachonan su carroza de hermosura sin igual.
¡Ah! semejan claridades de las mágicas y bellas
Regiones á donde en paso fugitivo las estrellas
Alumbrando fueran bordes de laguna colosal.

Volved la mirada errante donde duermen las praderas
Al susurro de las brisas que arrullando placenteras
Se deslizan suavemente de las plantas en redor.
Cuando mansas se descubren las pintadas mariposas

Y corriendo por las vegas en revueltas caprichosas
Absorbiendo delicadas el aroma de la flor.

Los ganados corretean, y la lúgubre campana
Que sonando vagamente de la aldea más cercana
Va llamando sosegada ya a los fieles á oración;
Y contrastan con los rayos, bellos, cárdenos reflejos
Que dibujan las casitas si miradas desde lejos
Radiante el sol ilumina toda aquella dirección.

Veréis hacia la campiña de simpáticos ancianos
Bajo las verdosas gafas rostros que en tiempos lejanos
Quizás fueron los dechados de belleza varonil.
Mas tan solo ya en el día, ¡oh, mudanza de la vida!
Son aquellos que temiendo ver del mundo la partida
Ven allá perderse un día con desánimo senil...

¡Ved! acaso están contando, en sus horas de venturas
Con palabras temblorosas las extrañas aventuras
Que semejan en sus almas renacer la juventud.
¡Oh! qué magia la del tiempo comprendido en el pasado...
Que en los apartados mares de naufragios se han salvado
Oiréis cómo os lo cuentan con decrepita inquietud.

Mas ya todo se oscurece; en aquel ebúrneo cielo
Extendiendo presurosa noche rápida su velo
Todo queda ya entre sombras, todo queda á media luz.
El buen párroco del pueblo, á los hombres entendidos
Va enterándoles de todos los rumores recibidos
De las ciudades lejanas, ante una sencilla cruz.

Y cuando la purpurina gasa, bella y encendida
En las sombras de la noche cual belleza apetecida
Se disipa vacilando sobre las ondas del mar,
Se retiran silenciosos de la plaza aquellos viejos
Conducidos á las casas dando amables sus consejos
Y penosos se despiden de la luz crepuscular.

Sí, se marchan los ancianos á su hogar tranquilamente
Pues sus años les trajeron al estado permanente
De quietud consoladora, de serena candidez...
Pero de la luna asoman, plateados resplandores
Y a sus pálidos reflejos, cuentan todos sus amores...
Los intrépidos muchachos, mientras duerme la vejé.

Y cercana de la aldea sobre el monte una arboleda
Habrá bella donde el viento su canción allí remeda
Y donde espera cada uno su Julieta ó su Leonor.
Son muchachos que á la aldea de ciudades han venido
Para ver regocijados el amor correspondido
Y es allí de tanta bella cada cual su trovador.

La campiña voluptuosa les arrulla con caricias,
Luna bella les envuelve con sus tímidas delicias,
Es la noche muy serena, con estrellas, oriental.
Y temblando de contento, yo te adoro, yo te adoro...
Ya se escucha en la arboleda, así rítmico y sonoro
A los ojos de una niña de hermosura virginal.

Yo te adoro va y repite murmurando leve el viento
Que se enreda entre las ramas del arbusto soñoliento
Mientras baña bien la luna con etéreo resplandor.
Y las fuentes blanca espuma derramando hasta la altura,
Y algún pájaro que trina, tan romántica hermosura
Redoblando las delicias de la noche y del amor.

Y parece que las hadas en fantásticas quimeras
Se descubren en las fuentes de enramadas placenteras
Cuando luna perezosa va alumbrando en rededor.
Y la luz cernida brilla sobre el pueblo ya dormido
Y entre mágicos rumores se percibe confundido
El deliquio de la diosa, de la diosa del amor...!

MANUEL MUNOA.

